vechado su ausencia para darle á Baudoin, que no se corrige. Se lo recomiendo á usted muy especialmente...

— Voy á ocuparme de él en seguida, contestó Landrí; haré que monte á solas delante de mí, antes del ejercicio general. — Luego, dirigiéndose al sargento, que esperaba órdenes, le dijo: Hágame ensillar Pantera, y llame á Baudoin.

Diez minutos después llegaba, ensillada, con sólo bocado de picadero, la yegua pedida; la traía del diestro un mozo de cara adusta, con ojos muy negros y cara pálida. Sólo con ver cómo llevaba el kepis se adivinaba al insolente; el gesto brusco del saludo anunciaba la sorda rebelión, el famoso « couplet » de la « Internacional » brotando de los labios del joven. — Es menester repetirlo á los optimistas que se niegan á ver las ferocidades ocultas bajo los espejismos humanitarios del socialismo, prodromos de un Terror que será peor que el otro, por ser más sistemático, y más innoble, por ser obra de una raza degenerada:

Si se obstinan, esos caníbales,
En convertirnos en héroes,
Pronto sabrán que nuestras balas
Son para nuestros propios generales.

El precioso animal, conducido por aquel hombre con cara de « apache », formaba notable contraste con él por la aristocrática elegancia de toda su construcción. Hacía cinco días que estaba en el regimiento. Apenas entró en el picadero, se puso á escarbar nerviosamente.

— Bueno; pues móntela, Baudoin, á ver si es más razonable que el primer día. La destinaba á un buen jinete, y sé que usted lo es.

Sin parecer agradecer el elogio, Baudoin subió sobre Pantera, que se puso á trotar, pero sin entregarse por completo. No obedecía á los taconazos ni á la brida. Dió así cuatro veces la vuelta al picadero torciendo la cabeza á ambos lados y mirando, cada vez, si no se abría la puerta de salida. Y daba gusto verla, en aquel espacio, en que parecía estar en libertad.

— No se defiende, dijo Landrí. Probemos á hacerla galopar... ¿No quiere?... Á ver un poco de tralla.

Ni siquiera se dignaba Pantera activar el trote, á pesar de los esfuerzos de Baudoin. El sargento, que tenía la tralla en la mano, se puso á correr enseñándosela al animal. En vez de galopar, la yegua se espantó y dió algunos botes de carnero que echaron abajo al jinete. De nuevo montó éste; pero el animal, seguro de su defensa, volvió á hacer lo mismo, no bien le enseñaron la tralla. Segunda caída... Y tercera caída; pero esta vez, había dado contra la pared el jinete. Se puso verde, de ira, y exclamó brutalmente:

— Ya no subo más; no quiero exponerme á que se me rompan los huesos, sólo porque tengan los jefes caballos de capricho.

Miraba cara á cara al oficial, con las manos en los bolsillos, todo manchado de aserrín, sin sacudirse, sin recoger su kepis, sin ocuparse de la yegua.

— Bueno, dijo Landrí con dulzura, sin parecer haber oído la frase de insubordinación : voy á montarla yo ; después la montará usted.

Puso los estribos á su largo y subió sobre el animal, poniéndolo primero al trote, luego á galope. Trató la yegua de hacer como antes, pero Landrí había comenzado á montar á los seis años, bajo la dirección del señor de Claviers... Quedó en silla. Entonces acudió Pantera á otro sistema : en medio de un galope, dió repentinamente media vuelta... más botes de carnero, más revueltas... El jinete no se caía. Harta de defenderse, la yegua trota... galopa... obedece á la pierna... y obedece á la mano.

— Tómela ahora, Baudoin, dijo el oficial saltando abajo. No me ha roto los huesos, tampoco romperá los de usted.

El dragón se había puesto muy colorado ; miraba al teniente, que, á su vez, lo miraba cara á cara, con calma y frialdad. Con ayuda del amor propio, aquella sugestión obró sobre el rebelde : subió á caballo, y la sesión terminó sin incidente. El animal, ya domado, se portó tan dócilmente con su nuevo jinete como con el precedente.

— Ahora, haga usted entrar á los demás, dijo Landrí al sargento.

— Has tenido suerte, le decía el sargento á Baudoin, minutos después. Con otro, te salía cara la broma...

— Y á él también, acaso, contestó Baudoin con sorna. Pero confieso que éste me ha vencido.

— No he perdido mi mañana, pensaba Landrí al marcharse del picadero. Entró, para esperar la hora de las clases á pie, en una salita que servía de biblioteca y de sitio de reunión para los oficiales. La pieza estaba muy sencillamente amueblada : un diván, unas cuantas butacas, una amplia mesa ; todo ello cubierto con paño rudo, de color azul con marco encarnado. En ambos testeros, anaqueles con libros. En las paredes libres, algunos grabados ; algunos representaban los orígenes del 32° de dragones. Primeramente, un jinete de Levis, de 1703, con tricornio y levita blanca con vueltas y guarnición encarnadas. Otro jinete de Levis, con traje casi parecido, llevaba esta inscripción : 1724. Después veíanse dos jinetes del Real-Normandía, con fechas de 1768, 1784. Llevaban túnica blanca con vueltas amaranto, y, en el sombrero, la escarapela blanca. Un soldado del 19° de caballería, con levifrac azul á la francesa, con plumaje tricolor en el chacó, inauguraba los tiempos modernos. Era de 1792. Bastó con que la mirada de Landrí tropezara con aquellos grabados para que de repente cesara la calma relativa de aquella última hora. La vista de aquellos uniformes del antiguo régimen acababa de evocar para él la escena de la antevíspera, y al señor de Claviers enseñándole el retrato del teniente general, su exclamación sobre los uniformes y los heroísmos alegres de antaño. También, el recuerdo del marqués, trajo á su memoria lo dicho por éste sobre los inventarios ; y ambas cosas le recordaban crudamente la mentira de su nacimiento. La asociación de

estas varias ideas produjo otra, nueva, la cual, una vez entrada en su espíritu, ya no podía ser rechazada, como no podía desecharse el hecho odioso con el cual ella se relacionaba. Desde hacía doce horas, Landrí no cesaba de preguntarse :

— ¿Tengo derecho, á partir de ahora, llevando como llevo un apellido que no es el mío, y sabiéndolo, á obrar con ese apellido, como si fuera mío de veras ?...

Sobre la mesa había un periódico; maquinalmente, el joven lo cogió, y buscó, por costumbre, la rúbrica de los « asuntos militares ». Invadióle nuevo tropel de imágenes. Si se efectuaban los inventarios de Hugueville y de Montmartin, y que tuviese él que dirigir alguno hasta invadir una iglesia, el relato de la operación parecería ciertamente bajo aquella misma rúbrica, impreso en caracteres idénticos. Allí estaría su nombre, encabezando un párrafo que contaría lo ocurrido. ¿Su apellido ? Un apellido es una herencia, una propiedad, á la vez personal y colectiva. Pertenece al que lo lleva, y á los que lo llevaron y lo han de llevar. Todos son solidarios en él. Landrí había protestado contra la tal solidaridad, durante toda su juventud, y aun hacía unas horas, al proclamar ante la viuda de Olier, y ante el marqués mismo, el derecho, en los herederos de un nombre ilustre, á vivir una vida puramente personal. Parecía, y él mismo lo creyó al pronto, que el lúgubre descubrimiento del secreto de su nacimiento hubiera acabado de romper entre los Claviers-Grandchamp y él, aquella cadena, ya medio

rota, de una solidaridad detestada. ¿Por qué, puesto que había visto que no pertenecía á aquella familia, por qué no cesar de llevar su apellido ? Mas era imposible tan descarado rompimiento. Aun cuando no quisiera Landrí al marqués tanto como le quería, para darle tamaño disgusto, la memoria de su madre le prohibía deshonrarla. Pero, entonces, de seguir llevando el apellido de los Claviers, ¿contraía una deuda con ellos? ¿Ya no estaba libre ? Cuando leyeran, en aquel y en otros periódicos, que un Claviers-Grandchamp se había atrevido á llevar á cabo un acto absolutamente contrario á todas las tradiciones de aquella casa ¿qué le diría su conciencia, á él, Landrí?... ¿Que había cumplido con su deber? No, puesto que no era una idea de deber la que le había movido, en caso necesario, á ejecutar una tarea calificada por él mismo de repugnante. Con harta frecuencia habían, sus compañeros, discutido con él sobre la cuestión de los límites de la disciplina, puesta en candelero, en estos últimos años, por gobernantes tan insensatos como criminales; y él mismo había reflexionado demasiado para no saber que la obediencia pasiva es una locución imaginada por enemigos del ejército, escuela de energía digna. Había meditado la sabia y justa fórmula de la instalación del oficial, exclusiva de toda orden degradante. « Le obedecerán ustedes en todo lo que les mande para bien del servicio y para ejecución de los reglamentos militares. » Sabía que ese problema de la sumisión á los mandatos civiles, tal como ha quedado sentado, en los recientes asuntos

religiosos, es de los que hacen drama en las conciencias muy rectas. Soldados excelentes lo han resuelto en un sentido; otros, en otro sentido. Es un crimen, por parte de los gobernantes, repitámoslo, el poner á hombres de corazón en semejantes alternativas; crimen contra ellos, pues no entraron en el ejército para efectuar ciertas tareas; crimen contra la patria, que así se ve privada de algunos buenos jefes. Como ya hemos visto, Landrí había resuelto el problema de una manera puramente personal. Habíase dicho: Obedecer, es quedarse en el ejército. Desobedecer, es hacer dimisión. Quiero quedarme. Obedeceré. — Pero un elemento nuevo intervenía: la evidencia de una traición cometida contra la progenie de los Claviers; pues la falta de su madre lo había introducido á él en aquella descendencia. ¿Qué pesaban las conveniencias de su vida personal frente á tal usurpación? ¿No lo comprometía por su honor, pues le quedaba un honor, á pesar de lo que él dijera en los primeros sobresaltos de la revelación, á no llevar nunca á cabo un acto que aquella extirpe, hoy encarnada en el marqués, pudiese reprocharle, según el modo de pensar de ella? La conclusión era imperativa. En una circunstancia de su vida militar tan pública, tan ciertamente retumbante cual lo era la obediencia á un funcionario civil para abrir por la fuerza las puertas de una iglesia, no era su propia opinión la que él tenía que seguir, sino la del jefe de aquella Casa, en la que él mismo ocupaba un puesto robado. Esta indiscutible obligación se impuso de repente á Landrí con una

fuerza absoluta, y por primera vez retrocedió mentalmente la perspectiva de un acontecimiento que lo pusiera en la necesidad: ó de decidirse contra la voluntad, tan netamente expresada, del marqués de Claviers, ó de sacrificar aquella profesión de soldado que, en aquel momento, le era más grata que nunca. Todo su pensamiento se empleó en rechazar la probabilidad de aquella prueba. Hasta le era ya insoportable el imaginarla.

— Pero estoy loco. Si echan mano de los dragones para uno de los inventarios, enviarán más de un pelotón; en cuyo caso mandará la fuerza, no un teniente, sino un capitán... Yo estaré en segundo lugar. De modo que si hay que tirar alguna puerta y que falten obreros civiles, el capitán, y no yo, dará la orden...

Esto se decía Landrí, paseándose por el patio principal, en tanto que, bajo su vigilancia, los instructores hacían maniobrar á los reclutas. Mas, ¿á qué persona incumbiría dicha responsabilidad, si la hipótesis imaginada por Landrí llegaba á producirse? En ausencia del capitán que mandaba el escuadrón, al segundo capitán, el cual resultaba ser, precisamente, aquel Despois, con quien cambió por la mañana tan cordial saludo. Recordó Landrí la carta escrita por la mujer de aquel oficial, y que la viuda le había confiado. Al pronto había leído aquella carta sin leerla; de modo que lo único que sabía de ella era la frase de Valentina: « Dice tan bien lo que yo le diría á usted tan mal... » ¿De modo que

si le mandaran al capitán Despois que ejecutara ciertas órdenes se negaría? ¿Y entonces, como ya había sucedido, el mando pasaría al oficial bajo sus órdenes, es decir, á Landrí?... Tales eran ahora los temores del joven, él, que, poco ha, parecía tan resuelto á obedecer. Abrevió el ejercicio para regresar á su casa y leer con detenimiento la carta de la señora de Despois. Sus manos temblaban un poco al desdoblar la hoja de papel, algo arrugada por la estancia en su bolsillo, mientras se retorcía de desesperación sobre los cojines del vagón. Leyó, después del relato de una conversación impresionante entre el capitán y su mujer, estos renglones que, cuando menos, aligeraban uno de los motivos de su ansiedad, pero para dar más peso al otro.

— Mi marido está, pues, resuelto, escribía Julia Despois. Ha terminado esta conversación repitiéndome la admirable declaración del pobre capitán Magniez : Preferiría ser fusilado á cometer un sacrilegio. — Si semejante prueba nos ocurre, muy pobres quedaremos, mi buena amiga, muy comprometida quedará la educación de nuestros tres hijos. No obstante, no he podido decirle sino que tenía razón. Somos esposos cristianos ; hemos fundado una familia cristiana. ¡Sea lo que Dios quiera! — Y escuche un rasgo característico de mi querido Despois : su única preocupación son sus oficiales ; no quisiera que se renovara la hecatombe de Saint-Servan. También me ha dicho : Si me piden soldados especiales para echar abajo las puertas, rehuso. No doy á las autoridades civiles tiempo suficiente para pedir

órdenes. Mando subir á caballo, y regresamos á Saint-Mihiel. Así estaré seguro de que no pagará otro lo hecho por mí. — Ya ve usted, Valentina, qué tristes momentos estamos pasando. En todas las casas de oficiales no se habla más que de eso ; y no se hablaría de ello si no supiéramos que un simple soldado de ordenanza puede ser, hoy, un delator escuchado en altas esferas. Todos nos preguntamos que cuándo se harán esos inventarios, y que quién recibirá encargo de hacerlos ejecutar ; y si habrá ó no incidentes... Quiera Dios que nos hayamos alarmado en balde y que ocurra todo como en tantos otros sitios ha ocurrido : sin percances. Pongo por escrito estas conversaciones con mi marido para que les queden á mis hijos, cuando él y yo hayamos dejado de existir. Verán lo que valía su padre, y que su madre supo comprenderle.

Landrí leyó dos veces esta última frase. La generosa resolución del capitán le permitía no temer nada, si era Despois el que mandaba... Pero, ¿y los demás ? ¿Cómo no establecer una comparación entre esa simple compañera de un digno oficial, tan adicta á su marido, tan feliz por poder estimarle y admirarle, y otra mujer ? ¿Entre aquellos hijos que no hallarían, en el humilde hogar, más que ocasiones de respeto, y otro hijo ? ¿Por qué la madre de él, de Landrí, no había comprendido á aquél cuyo nombre llevaba ella ? ¿Por qué haberlo traicionado ? ¿Por qué nació un hijo de aquella traición ? ¿Y por qué aquel hijo, después de haber ignorado tales cosas por espacio de tanto tiempo, no siguió igno-

rándolas siempre? ¿De qué casualidades depende nuestro destino? Si el tren de Clermont hubiera llegado ayer á París con una hora de retraso, sin duda que encontrara Landrí al enfermo sin conocimiento; no le dejaban entrar, y no sabía nada. Así no estaría ahora padeciendo aquella agonía interior que personas y cosas renovaban. ¿Y cuándo acabaría? ¡Ah! ¡jamás, jamás!...

—Mis escrúpulos son absurdos, decíase el joven veinticuatro horas después, paseándose á caballo, por la tarde, á lo largo del Mosa. Había recibido un telegrama del marqués, anunciándole que el entierro de Jaubourg se efectuaría al día siguiente, viernes, á las nueve; y, también por telégrafo, había contestado Landrí que no podría ir. Comprendió lo que significaba la elección de aquella hora temprana, como también una nota, leída en los diarios: que el difunto había deseado una ceremonia muy sencilla, sin invitaciones, sin flores, sin coronas. Aquel deseo de pasar lo más inadvertido posible evitaba los comentarios sobre la presencia del señor de Claviers-Grandchamp detrás del féretro del amante de su mujer. Landrí vió en esto un nuevo rastro del siniestro secreto. También le habrían irritado pomposos funerales. Aquella irritación se traducía por una exacerbación de la ciega y casi salvaje rebelión de los primeros instantes. Tal estado de ánimo daba un color más sombrío á nuevas reflexiones sobre la posibilidad de su participación efectiva á los inventarios, único objeto, como lo había dicho la señora de Despois, de las silenciosas preocupaciones de los oficiales de la guarnición. Confidencialmente, tres compañeros, tan seguros de él como él lo estaba de ellos, le habían hablado de aquello, por la mañana. Evitó contestarles, y ahora se lo reprochaba amargamente: ¡Sí, absurdos!... Respecto de *él* (seguía no pudiendo nombrar al señor de Claviers en su corazón, ni tampoco al otro). Respecto de él no puedo estar en un deber. Sólo conque yo respire es para él tal insulto, que no he de añadir nada más. Todo lo que puedo hacer es suprimir los contactos entre nosotros... Mañana irá al entierro; yo no estaré allí; no nos verán al lado uno de otro... Es menester que sigamos lo mismo en la vida... Mi intención de ayer era la única razonable: ¡tanto mejor si me mandan que vaya á alguno de los inventarios! ¡tanto mejor si tengo que descerrajar puertas de iglesia! Mi acto será lo irreparable. ¿Quedará deshonrado el nombre de Claviers-Grandchamp porque un soldado lo haya pospuesto todo á la disciplina? También puede sostenerse esta tesis. Prueba de ello, que Despois ha vacilado, él que es un cristiano que practica su religión. Valentina, á pesar de frecuentar la iglesia, acepta mi idea, porque sabe lo que es el ejército... Me condenará. Pero no podrá despreciarme. Y, entonces, todo quedará acabado, acabado, acabado... Tendrá pena, mucha pena. ¿Y yo? ¿no la tendré yo al no poderle ya llamar: padre, al no poder vivir con él en aquella intimidad de corazón que era tan completa, á pesar de nuestras divergencias de espíritu?... Hoy las comprendo, aquellas divergencias

que me extrañaban : era la Raza. Tiene razón ; la Raza existe. No tenía yo instintos de verdadero noble ; y tampoco tengo los de un verdadero burgués... Terrible, la palabra que nunca me había preocupado : el adulterio ; y es justa : el extraño en el hogar, la Raza falseada ; la creación de un alma híbrida como la mía. He ahí el secreto de las contradicciones de mi naturaleza, contradicciones que no me explicaba ; el por qué de no haber nunca amado íntimamente á ninguna de las mujeres de mi casta ; el por qué de no poder, hoy tampoco, conseguir simplificarme en una voluntad decidida. Pero lo conseguiré... Mis relaciones con él son imposibles. Por ahora, á ese solo hecho debo atenerme.

Á pesar de hablar así, abrigaba Landrí la esperanza de que no tendría que ajustar su conducta á tales consecuencias. No es indispensable tener en las venas sangre cargada de herencias contradictorias para padecer incoherencias por el estilo ; basta con querer mucho á alguien del cual nos parece necesario separarnos para siempre. Por todo esto le fué muy desagradable encontrar, al regresar de su paseo, y ya en una calle de la ciudad, á su coronel, que iba á pie ; aquel coronel tan poco amigo de los aristócratas. Era hijo de un empleado subalterno, que había llegado por medio de la voluntad y de la astucia ; buen oficial, de ideas falsas, en quien fermentaban esas iras anticlericales y antinobiliarias que componen la sinceridad jacobina. La mirada de aquel jefe, del que se sabía detestado, heló á Landrí, tal era la alegría irónica y cruel que

revelaba. El joven no se equivocó. La cara del superior hostil expresaba el ódio satisfecho del que sabe con certeza que una desgracia amenaza á su enemigo. El asunto de los inventarios iba á recibir su solución, y él, Landrí, tomaba parte en el asunto, de una ú otra manera. Cinco minutos después, sus presunciones se convertían en certeza : al bajar de caballo, su ordenanza le entregó un pliego del capitán Despois, en el que le rogaba que fuera á verle, para asuntos del servicio, urgente.

— Ya llegó el momento, se dijo Landrí. Nos mandan á los inventarios.

Encontró al oficial devoto, cuyos más secretos pensamientos conocía él merced á tan íntima confidencia, escribiendo en el modesto saloncito que le servía de despacho. Despois era un hombre de cuarenta y cinco años, muy alto, con cara huesuda y como curtida ; las sienes carecían de pelo, por el roce del casco ; el resto de la cabellera, casi blanco ; bigote rojo, ojos verdosos y claros. Tal tristeza velaba su mirada, que Landrí se equivocó :

— Él es el encargado de mandar la fuerza, pensó. Recordó la carta leída la víspera. Sintió honda compasión por aquel padre de familia que sin duda se preparaba á sacrificar á su fe su porvenir militar. Desde las primeras palabras comprendió que él mismo inspiraba igual compasión á aquel excelente hombre que le dijo, tendiéndole dos hojas de un papel cuyo aspecto denunciaba la procedencia :

— ¿Quiere usted enterarse de esto, mi querido Claviers ?

El primero de aquellos dos documentos llevaba como encabezamiento :

« Orden general relativa al concurso que ha de prestar la tropa en la ejecución de los inventarios de los bienes de iglesias », y el segundo : « Instrucción complementaria para el teniente que manda el 1° y el 2° pelotón del 3er escuadrón del 32° de dragones, encargado de apoyar la acción de la policía y de la gendarmería, durante las operaciones de inventarios de los bienes de la iglesia de Hugueville-en-Plaine ». La orden general indicaba que uno y otro inventarios se efectuarían el viernes 16 de noviembre, á las nueve de la mañana. La « Instrucción complementaria » precisaba que la misión del oficial enviado á Hugueville consistiría en estos tres puntos : « Cerrar las bocacalles que conducen á la iglesia, según las indicaciones generales del adjunto croquis ; apoyar la acción de la policía y de la gendarmería, para mantener el orden, disipar las aglomeraciones de personas ; asegurar, si necesario fuera, la evacuación de la iglesia » ; y, finalmente, « permitir al funcionario registrador que cumpla su misión ». — Por preparado que estuviera Landrí á la posibilidad de aquel acontecimiento, palideció al leer estos renglones. No obstante, no titubeó un segundo, y contestó :

— Está bien, mi capitán, obedeceré...

— ¿Ha leído usted bien ? repuso Despois ; é insistió, designando con el dedo una de las frases del primero de aquellos papeles : « Seis zapadores minadores, provistos de las herramientas necesarias

para efectuar, á falta de obreros civiles, las destrucciones á que se pudiera tener que proceder... » A falta de obreros civiles, repitió el capitán. Y añadió : Pondrá usted, pues, especial cuidado en asegurarse de que no se pueden encontrar obreros civiles. Fíjese bien : *de que no se pueden encontrar*. Visiblemente, preveía el caso en que rehusara el teniente ejecutar la orden del comisario, y tomaba precauciones para, en caso de necesidad, disculpar á Landrí ante el consejo de guerra.

— Me informaré bien, mi capitán. — Y añadió con voz firme : Espero que no se llegará á esa extremidad ; pero, si necesario fuera, mis zapadores minadores harían lo necesario.

El católico Despois permaneció impasible. De no haber conocido Landrí la verdad de su pensamiento, pudiera haber creído que la dolorosa expedición que se preparaba dejaba frío á aquel hombre. Sólo al levantarse, al cabo de media hora de entrevista puramente profesional, dejó escapar palabras que probaban qué sentimientos abrigaba debajo de su levita sin condecoración alguna. Suerte inesperada era para él no verse encargado del mando en aquella circunstancia. Incapaz de egoísmo, no pensaba en su propio interés. Su mirada se había entristecido más desde que el teniente le hizo aquella declaración que no daba lugar á dudas. Al acompañar hasta la puerta á su visitante, detúvolo ante un mediano grabado de un cuadro popular : *los Últimos Cartuchos*. No era, el pobre Despois, ni un coleccionista como Altona, ni un aficionado á cosas artísticas como un Bres-

sieu ; era algo que resultaba más elevado en la escala del cultivo humano : un buen soldado. Todo el martirio del Ejército, de ese Ejército obligado por políticos indignos á tan duras tragedias de conciencia, resaltaba en el tono con que, designando á su teniente aquella mala litografía de una escena de desastre, pero de un desastre heroico y frente al enemigo, le dijo simplemente el célebre verso :

— ¡Felices aquellos que morían en tales fiestas!...

VI

EL TESTAMENTO

Iban á dar las ocho, cuando, en la mañana de día siguiente, Landrí y sus dragones desembocaron cerca de Hugueville, pueblo bastante considerable, á unos doce kilómetros de Saint-Mihiel, en el mapa y á vuelo de pájaro ; pero los rodeos que hay que dar convierten en diez y siete esos doce kilómetros. Un bosque de grandes dimensiones se extiende delante del pueblo, hacia el Este, de suerte que los sesenta hombres de tropa habían podido acercarse sin ser vistos. De nuevo hacía un cielo de comienzos de otoño, pálidamente azul, velado de vapores transparentes, como el del día en que el enamorado de Valentina detenía su automóvil á la puerta de San Franciso Javier para ir, sin ser visto, á casa de su amiga. El oficial que, desde hacía dos horas, guiaba á aquellos soldados por entre la arboleda, recordaba con punzante melancolía aquel tiempo tan vecino — cuatro veces veinticuatro horas — y